

Caracas, Venezuela – 22 al 29 de Junio de 2000

CAMINOS DE REFUNDACIÓN

Simón Pedro Arnold, osb.

I INTRODUCCIÓN.

La reflexión sobre la inculturación ocupa nuestros debates desde varios años ya. Nos parece hoy que la fase exploratoria de dicha reflexión está suficientemente avanzada como para emprender una nueva etapa más allá de las definiciones. En efecto, si nos quedamos a este nivel, corremos el riesgo de escapar a la exigencia histórica del momento y de buscar pretextos para no empezar a entrar en la práctica concreta. Como la opción por los pobres necesitó pasar por la fase de inserción de nuestras comunidades para evaluar su pertinencia, corregirse y profundizarse, así la refundación tiene necesidad de implementación en lo concreto y lo práctico. Es nuestro objetivo avanzar en esta dirección al hablar ya no tanto de definiciones de la refundación sino de caminos de refundación.

1.1. Mas allá de la crisis religiosa: la crisis de sociedad.

Una de las tomas de conciencia más recientes y más importantes en la reflexión sobre la refundación de la Vida Religiosa tiene que ver con el marco de referencia. En efecto, constatamos que la temática de refundación está siendo trabajada independiente y simultáneamente en los campos más diversos del acontecer socio cultural. Se habla de refundar la economía, la política y hasta lo humano frente al riesgo cada vez más real de la obsolescencia de las concepciones y prácticas en dichos campos.

En lo que a nosotros nos compete, estamos cada vez más convencidos de que la Vida Religiosa no podrá ser refundada de manera aislada sino que toda verdadera refundación tiene que insertarse en el movimiento global que sacude la sociedad como reacción a la profunda crisis de valores que atraviesa el conjunto del acontecer humano. En un primer momento, por lo tanto, veamos lo que implica utilizar el concepto de refundación en estos campos diversos de lo humano.

1.1.1. ¿Refundar la Iglesia?

Algunos autores no dudan en utilizar esta expresión algo discutible (1). De hecho, en sentido estricto es imposible volver a fundar la Iglesia puesto que fue fundada por Jesús sobre el fundamento de los apóstoles una vez por siempre. Pero, en la acepción limitativa que ha tomado el concepto en la reflexión reciente, se siente cada vez más el disfuncionamiento, el impase y hasta el escándalo histórico de prácticas institucionales a todos los niveles del cuerpo visible de la Iglesia. La inquietud por la urgencia de refundar los mecanismos viciosos de la práctica eclesial a partir de un retorno a los Hechos de los Apóstoles y al Evangelio, no es solamente originalidad de los teólogos..

El llamado angustiado del Papa por una reforma del papado desde un diálogo ecuménico sobre la primacía de Pedro (2) y sus repetidos pedidos de perdón históricos van en la misma línea aún si no se

habla explícitamente de refundación. Crece, en efecto, en los más diversos ambientes la convicción de que la actual lógica del aparato eclesiástico es perversa, antitestimonial y sin futuro. Tanto desde el punto de vista evangélico como a partir de los valores de la

modernidad, dicho funcionamiento es literalmente parasitario. Una lectura de fe de la crisis eclesial actual habla de pecado y de conversión, de diálogo, de arrepentimiento y de despojo. En otras palabras hay que replantearse todo el aparato, toda la práctica desde cero, desde la base y la razón de ser teológica de la Iglesia.

1.1.2. Refundar la política.

La crisis de lo político tal como se forjó a partir de los logros democráticos salidos de las revoluciones americana y francesa y de los socialismos de los siglos XIX y XX, es un hecho patente a nivel planetario. En contexto de globalización, las nociones de estados y de naciones se vuelven incongruentes cuando las decisiones efectivas se toman en instancias planetarias de corte tecnocrático con criterio esencialmente económico.

Esta obsolescencia de las fronteras nacionales y de las soberanías políticas tiene consecuencias a todo nivel. Así, la tradicional interacción democrática entre los tres poderes de los estados se ha vuelto folklórica y parasitaria. Sólo las instancias de presión económicas y de opinión pública tanto internacional como interna siguen teniendo alguna capacidad de inflexión de procesos políticos con todas las características de las lógicas dictatoriales (3).

Es el concepto mismo de ciudadanía que se ve así limitado a la burla de un voto no respetado. Todas las instituciones de decisión, control y fiscalización ciudadanas como son los partidos, los sindicatos, los gremios etc están o desaparecidos o en vía de total neutralización frente al caudillismo más elemental, apoyado por alianzas de puros intereses momentáneos, sin preocupación política en el sentido clásico de la palabra.

Frente a esta total caducidad de los mecanismos políticos clásicos, aparece un nuevo ente determinante en el manejo del acontecer político de las naciones y de los bloques. Quiero hablar de los Medios de Comunicación social. Estos más o menos enfeudados a tal o cual sector de intereses económicos, cuando no están sometidos a mecanismos legales restrictivos, substituyen a la responsabilidad ciudadana, reduciendo el debate político a una fabricación de imagen, a una empresa de marketing, aparentando la política al más simplista de los shows (4).

En dicha encrucijada, lo político se reduce a un carnaval siniestro, una pantomima grotesca encargada de justificar a los ojos de los bobos las más groseras de las inmoralidades y todos los atropellos a los más elementales derechos de una ciudadanía digna. Detrás de esta decadencia se esconde la pérdida de confianza, de conciencia y de grotesca encargada de justificar a los ojos de los bobos las más groseras de las inmoralidades y todos los atropellos a los más elementales derechos de una ciudadanía digna. Detrás de esta decadencia se esconde la pérdida de confianza, de conciencia y de cultura política de la mayoría de los ciudadanos contemporáneos resignados a la manipulación más espantosa.

No son pocos los pensadores, mayormente originarios de las antiguas democracias europeas, quienes, frente al desastre político y la amenaza que significa, abogan con insistencia por una refundación de la práctica, de la consciencia y de las instituciones políticas (5).

1.1.3. Refundar el pensamiento humanista.

Detrás de todas las crisis de sociedad que estamos analizando se vislumbra otra que las contiene todas y que no por ser inédita en la historia humana es menos preocupante. Queremos hablar de la crisis de lo humano. Hace varios años atrás, hablando del neoliberalismo y de la globalización, forjamos el concepto de "humanidad sobrante" (6). Hoy en día, este concepto se revela ampliamente insuficiente ante la realidad y los escenarios imaginarios que los profetas del neoliberalismo norteamericano y europeo están barajando. En efecto, ya no se trata de las clases sociales o de los continentes sobrantes en una lógica

tecnoeconómica monopolística del pensamiento. Sin pestañar lo más mínimo, se llega a plantear hoy el fin probable de lo humano como experiencia social, cultural y espiritual en su generalidad y se vuelve a planteamientos que sólo el régimen nazi y los autores de ficción se atrevieron a imaginar o implementar, como son el eugenismo bajo nuevas modalidades más sofisticadas y más "limpias" (7). Toda la larga historia del humanismo, como pensamiento, como práctica y opción ética parece estar puesta en jaque por la era que vivimos. Que se trate de la democracia o de los problemas bioéticos, de la libertad de opinión, de la creación artística o de la experiencia religiosa, todo lo que a lo largo de la historia humana constituyó una conquista gloriosa y onerosa parece hoy estar en peligro mortal. Hasta la ciencia, la última conquista del humanismo occidental, parece haber perdido sus raíces y desligarse totalmente del destino humano para enfeudarse exclusivamente a las lógicas económicas globalizadas o a sus propias lógicas como en el caso de la clonación etc. En este contexto, refundar lo humano, volver a comprenderlo desde su raíz viene a ser una urgente tarea de sobrevivencia.

1.1.4. Refundar la cultura.

Al interior de lo que llamamos la refundación de lo humano, la creación cultural se revela un terreno específico en plena crisis. La planetarización, por una parte, nos lleva hacia un hybridismo cada vez mayor de los comportamientos culturales y de la creación pero sin lograr un verdadero y fecundo mestizaje cultural. Pero, por otra parte, lo que podríamos llamar la gran desilusión del siglo veinte que se acaba, carga de una mortal sospecha toda pretensión de elaborar grandes relatos. Hoy en día el pensamiento y la inspiración artística, resfriados por el fracaso intelectual moderno, se refugian en los pequeños relatos, en lo infinitamente anecdótico, en la repetición refinada, la exploración delicada de las impresiones sin atreverse a ir más allá, por lo menos en las viejas sociedades occidentales, que se trate de literatura, de filosofía, de pintura o de cualquier creación cultural. El ombliguismo aristocrático es hoy la manera como los creadores se dispensan de pensar futuro, con la excepción de cierta literatura épica latinoamericana (cfr. García Marquez o Vargas Llosa) que, sin embargo, no deja de perder rumbo y de volverse un ejercicio trágico de desesperación.

Lo efímero, lo incierto, lo plural de la postmodernidad provocan una duda fundamental sobre la creación, reduciéndola cada vez más a un juego ameno y precioso de una aristocracia mundial sin razón metafísica de vivir. Refundar la cultura significa volver a explorar la cuestión del sentido y de sus expresiones.

1.2. La refundación de la Vida Religiosa dentro del contexto socio eclesial actual.

Victor Codina, en la segunda parte de nuestro estudio, nos presenta una relectura de la historia de las fundaciones religiosas en función de los contextos socioeclesiales de crisis que los vieron nacer. A modo de introducción, adelantamos aquí algunas preguntas fundamentales a propósito de dicha articulación de la refundación con la crisis postmoderna.

1.2.1. Refundación de la Vida Religiosa e Iglesia.

El carisma profético de la Vida Religiosa, como lo hemos evocado a menudo, se comprende a la vez de cara a la frontera y de cara al centro de la Iglesia. Desde su origen la intuición de los fundadores apuntaba las llagas que aquejaban a la Iglesia de su tiempo y buscaban en la misión y el testimonio formas alternativas de vida evangélica que puedan cuestionar la institución de la Iglesia a la vez que la hacían presente más allá de sí misma.

La decisión de fundar participaba así a la vez de un amor apasionado e incondicional por la Iglesia y de una conciencia evangélicamente crítica desde la perspectiva de la frontera como lo replantearemos más tarde.

La pregunta es hoy: ¿cómo plantear la refundación de la Vida Religiosa a partir del diagnóstico eclesial que presentamos más arriba? En particular, ¿cómo nuestra refundación puede contrarrestar el parasitismo institucional actual y el escándalo del contratestimonio? En efecto, si nuestra refundación no agarra la realidad histórica de la Iglesia seremos rápidamente catalogados como sectas iluministas sin relevancia. Y si nos conformamos con el actual escándalo institucional, estaremos arrastrados en su inevitable debacle.

1.2.2. Refundación de la Vida Religiosa y política.

Del mismo modo que nuestro afán de refundación tiene que ver con la crisis global de Iglesia, se articula también con la crisis de lo político que hemos señalado más arriba. En efecto, como la primera comunidad postpascual de Jerusalén que sirvió de modelo a las primeras fundaciones constituía a la vez un cuestionamiento y una alternativa radical a los modos comunes de practicar las relaciones sociales y políticas, así también la fraternidad religiosa propone una organización de la "polis" humana en contraposición evidente con las organizaciones políticas vigentes. Hablar de refundación en este sentido supone revisar nuestros modos y prácticas de organización, nuestros mecanismos y estructuras de decisión, de poder y de participación tanto al interior de nuestras comunidades como en las estructuras sociales en las que estamos implicados como religiosos y religiosas (educación salud etc.). Debemos reconocer que muchas de estas prácticas y estructuras no sólo se han alejado vertiginosamente del ideal igualitario y fraterno de las comunidades postpascuales sino que también carecen en muchos de sus aspectos del respeto elemental a las reglas democráticas modernas. Hay que revisar nuestra vivencia tanto a la luz del Evangelio como del ideal democrático en crisis.

1.2.3. Refundación de la Vida Religiosa como búsqueda de un nuevo humanismo.

Al emprender la gran tarea de la refundación es necesario plantearnos la pregunta de nuestra antropología implícita. Frente a un mundo que llega a cuestionar la pertinencia de lo humano y de su historia social, espiritual y cultural, tenemos que aclarar a nuestros propios ojos y a los ojos del mundo y de la Iglesia quién es el hombre y la mujer para nosotros. Esta revisión antropológica pasa por una relectura de nuestra comprensión y vivencia de la reciprocidad de género, de la afectividad y de la sexualidad. Supone releer juntos cómo entendemos la convivencia de diversas generaciones, diversas culturas y razas. ¿Cómo entendemos la significación del sufrimiento, de la herida psicológica, moral y cultural? ¿En qué medida nuestro testimonio de vida comunitaria, relacional y personal propone una antropología adecuada para la crisis del humanismo que señalábamos? Esta revisión debe a su vez desembocar en opciones éticas claramente inspiradoras de nuestra acción y de nuestra identidad.

1.2.4. Refundación de la Vida Religiosa y nueva cultura.

Tradicionalmente en la historia de Occidente, la Vida Religiosa ha sido vista como foco e inspiradora privilegiada de cultura, tanto científica como artística. Refundar, una vez más, supone preguntarnos de qué cultura somos o a qué cultura nos referimos espontáneamente. Se suele decir por ejemplo que desde el siglo XIX la mayoría de los religiosos y religiosas nos identificamos con los criterios de la clase media occidental. Pero podríamos perfilar más en función de la complejidad cultural con la que el mundo

postmoderno nos confronta. Por ejemplo ¿qué hay de lo juvenil en nuestras comunidades? ¿Cuáles son las jerarquías culturales inconscientes que manejamos en comunidades pluriculturales?

Más allá de la cultura vigente entre nosotros nos convendría revisar el estatuto real de valores modernos como la democracia, la libertad, el individuo, el cuerpo y el afecto, la pluralidad de género, el espíritu científico, etc., en nuestra vivencia diaria. Al mirar más de cerca nuestra práctica nos daremos cuenta de incongruencias culturales entre los valores proclamados en el discurso ideológico religioso y moral y actitudes concretas que revelan la profunda impregnación de los *a priori* modernos y postmodernos hasta hacernos entrar en flagrante delito de contradicción con el Evangelio. La credibilidad de nuestra vida depende a la vez de nuestra coherencia con el ideal de Jesús y de una verdadera legibilidad en el contexto de nuestro mundo. Articular las dos dimensiones es precisamente lo difícil, el resultado frágil de una libertad creativa y de una fidelidad vigilante.

II RELECTURA RETROSPECTIVA DE LA TRADICIÓN DE LA VIDA RELIGIOSA EN CLAVES DE REFUNDACIÓN.

Victor Codina SJ.

Estas nuevas experiencias de vida comunitaria pueden enriquecerse a la luz de la historia de los movimientos religiosos y de vida religiosa que han surgido en la historia.

En efecto, la primera lección de la historia es el origen carismático de la vida religiosa y de estos movimientos religiosos y espirituales. Tanto sus fundadores(as) como su desarrollo es plenamente carismático. Sin que nadie pudiera sospecharlo, cuando las circunstancias socioeclesiales parecían más deprimidas y oscuras, el Señor, con la fuerza del Espíritu, ha hecho surgir a grupos de hombres y mujeres con una misión peculiar en la Iglesia.

La estrecha interconexión entre los grandes ciclos de la VR (monacato, mendicantes, clérigos regulares, congregaciones del XIX y XX) y las crisis históricas del momento es otra de las constantes de la historia de la VR. Es precisamente en momentos de crisis cuando surgen nuevos ciclos de VR.

La VR en sus orígenes carismáticos posee los rasgos de toda llamada espiritual desde Abrahám hasta el fin de los tiempos: es una gran aventura, un caminar hacia lo desconocido, fiándose de Dios sin saber bien a dónde se va, como si viera lo invisible (Hb. 11,27).

Esta gran aventura, sin modelos previos ni imágenes que imitar, necesita de tiempo para irse discerniendo y serenando. No todos los intentos prosperan, algunos fracasan, otros no perduran más allá de la vida del fundador, otros se desvían hacia posturas extravagantes o heréticas.

Otra característica es que a los comienzos no pretenden separarse del resto del pueblo de Dios, son laicos que buscan la salvación plena e integral (vg. en el monacato). Sólo con el tiempo advertirán que lo que querían corresponde más bien a lo que se llamará VR. Al principio querían ser laicos comunes, pero tendiendo a la perfección evangélica. Quizás no hallaron dentro del laicado espacio para poder realizar sus deseos.

Una nueva característica de la VR es el carácter integral de su misión. Pretende ayudar a la totalidad de la persona y de la sociedad: salud, educación, promoción social, arte, ciencia, atención a los desvalidos, cultivo de la espiritualidad. Todo ello ha sido objeto de la atención de la VR incluso de las formas más contemplativas. El ejemplo de los monasterios medievales es paradigmático. Los diferentes carismas y diferentes épocas no invalidan esta característica. La VR desde sus orígenes quiso integrar la fe y el servicio fraterno, el amor al Señor y el amor al hermano, y consideró sospechosa la actitud de quien por amor a Dios abandona al hermano.

Si miramos el modo de inserción de la VR en la sociedad y en la Iglesia, observaremos su carácter marginal, es decir, al margen del poder institucional socioeclesial. Precisamente desde el margen ejerce una función de crítica profética y asume la tarea de crear modelos alternativos y utópicos de vida humana y cristiana.

Cuando la VR pierde su carácter marginal y lentamente se conforma al *statu quo* socioeclesial, comienza para ella un período de lenta pérdida de su identidad, que puede llegar a una verdadera relajación o degeneración espiritual.

Precisamente la reforma de la VR es siempre una vuelta a los orígenes carismáticos, al margen, a la periferia, al desierto, a las zonas de frontera, en donde nació. Algunas veces la reforma se hace dentro del mismo instituto religioso, otras veces, comenzando una nueva fundación. Pero siempre es una vuelta a los orígenes evangélicos y carismáticos.

Un texto de Jon Sobrino puede resumir bien algunas de estas lecciones de la historia de la VR: "Los votos, además por su misma estructura permiten y exigen llevar a cabo la radicalidad del seguimiento hasta regiones que no son las normales. Continuando con la metáfora geográfica, podríamos decir que los votos permiten y exigen que el religioso esté presente en el desierto, en la periferia y en la frontera. Por desierto entendemos que el religioso esté allí donde de hecho no está nadie, como ha sido el caso a lo largo de la historia en la presencia de los religiosos en hospitales, escuelas o modernamente, en parroquias desatendidas. Por periferia entendemos que el religioso esté no en el centro del poder, sino allí donde no hay poder, sino impotencia. Por frontera entendemos que el religioso esté allí donde hay más que experimentar, según la necesaria imaginación y creatividad cristiana, donde mayor puede ser el riesgo, donde más necesaria sea la actividad profética para sacudir la inercia en que se vaya petrificando la Iglesia en su totalidad o para denunciar con más energía el pecado. (...) Si a la vida religiosa compete una cierta anormalidad estructural, ésta entra en crisis cuando se tiende a la normalidad, cuando ésta no está presente, ni en el desierto, ni en la periferia, ni en la frontera" (J.Sobrino, *Resurrección de la verdadera Iglesia*, Santander, 1981, 335-336).

Vistas estas constantes de la historia de la VR, podemos ahora volver a estas nuevas experiencias comunitarias.

Son carismáticas, nacen de forma imprevista y como gran aventura a la luz de la fe y por la fuerza del Espíritu.

Algunas son claramente laicales, otras son más bien nuevas formas de VR, pero siempre en un mundo donde lo laical tiene cada vez más peso y protagonismo y donde se ha clarificado mucho la vocación universal del bautizado a la santidad.

Nacen en el desierto, frontera y periferia del mundo socioeclesial que domina el centro, lo que les hace ser potencialmente proféticas pero también vulnerables.

Necesitan de continuo discernimiento para no derivar en algo ajeno a la vida de la Iglesia, para lo cual deben insertarse cada vez más en la Iglesia local. Pero han de ser conscientes de su peligro de caminar hacia el centro del poder y de la institución. Y por otra parte, han de comprender que sin un mínimo de institución no podrán sobrevivir en estos tiempos agitados.

Tienen que clarificar su misión, pues la comunidad cristiana y religiosa debe estar abierta al proyecto del Reino de Dios. No se entra simplemente para vivir en comunidad, sino en una comunidad profética, misionera, abierta al mundo y a sus exigencias

III UN MUNDO EN ANSIA DE REFUNDACIÓN. (aporte de Darío Carrero)

IV CAMINAR JUNTOS HACIA LA REFUNDACIÓN. Simón Pedro Arnold.

En nuestra introducción señalábamos que la reflexión sobre refundación debía entrar a una nueva etapa más allá de las definiciones y comenzar a implementar caminos concretos

por donde andar juntos. Esta última parte intenta centrar más el enfoque, después de haber situado la problemática en un contexto contemporáneo más amplio y haberla referido a la tradición de la Vida Religiosa. Nuestra materia prima aquí brota esencialmente del seminario de diálogo entre la Vida Religiosa y los nuevos estilos de vida comunitaria realizado por la CLAR en México en el mes de abril 2000.

.4.1. Identidad, especificidad y exclusividad.

A la hora de plantearnos los caminos de refundación surge inevitablemente la cuestión de nuestra identidad fundante, mas allá de lo anecdótico acumulado sobre nuestro rostro por el tiempo y la historia. Esta pregunta de la identidad es delicada y esencial a la vez. En efecto, al buscar un reencuentro con ella no raras veces caemos en la tentación de absolutizar la identidad propia, al punto de ser excluyente. Todo se presenta como si la identidad implicara estar solos en representar esta manera de ser.

Más bien, en nuestra cultura plural y articulada ya no se puede hablar de identidad exclusiva y aislada sin correr el tremendo riesgo de asfixiarse, achicarse y finalmente morir. Toda identidad, hoy más que nunca, tiene que referirse al misterio trinitario de Dios donde el Padre no se puede definir sin el Hijo y el Espíritu y recíprocamente. Sin que las tres personas se confundan en su identidad y especificidad respectivas, ninguna puede existir sin la identidad del otro.

Así mismo, hoy para la Vida Religiosa pensar su identidad sin relación con el laicado bajo sus diversas formas es una actitud suicida. De igual modo lo femenino sin lo masculino, lo adulto sin lo joven, lo creyente sin lo no creyente, etc. Nuestra identidad es una realidad viva y dinámica que surge constantemente del diálogo mutuamente fecundante entre diversas formas de pensar, vivir y actuar.

Por otra parte, nuestra identidad no nos viene de arriba, como la tablas de la ley de Moisés, sino que se va conformando incesantemente por contraste con las demás identidades, muy especialmente en el seno de la polifonía eclesial. Por lo tanto, la refundación es un asunto común a todos los cristianos.

De esta forja constante y dinámica de nuestra identidad irá precisándose cada vez mejor nuestra especificidad. En efecto, a pesar de que muchos rasgos de nuestra identidad puedan ser compartidos con otras formas de vida, nuestra especificidad se aclara poco a poco en las opciones concretas que vamos reconociendo como nuestras en la misión, el estilo de vida y el testimonio. Dicha opción implica, en un segundo tiempo, renunciar a todas aquellas opciones que no son específicas e impiden descifrar claramente lo nuestro. Esta especificidad incluye la vida carismática de cada comunidad, su modo de enfocar tal o tal aspecto de una vocación (identidad) que puede muy bien compartir con otros y otras, sean religioso/as o no.

Finalmente el afán de exclusividad que tantas veces inspira nuestras actitudes, no tiene absolutamente nada que ver con la identidad y la especificidad. Más bien las empobrece. Así, encontrar su identidad y su especificidad en la colaboración y solidaridad con los diferentes, las hace más ricas, más fecundas y más legibles por nuestros contemporáneos.

4.2. La confrontación con el otro.

Lo que acabamos de plantear implica empezar a caminar por la senda exigente de la confrontación con el otro para ir descubriendo nuestra identidad y nuestra especificidad. La refundación de la Vida Religiosa supone en primera instancia confrontarse con las demás formas de vida comunitaria. Esta confrontación consiste en escuchar al otro para volver a contemplar nuestro propio rostro desde su espejo y recíprocamente. En este sentido, la primera tarea del "refundador" es reflejar y reflejarse en el que es diferente.

4.2.1. Los fundamentos evangélicos.

En el diálogo con las diversas formas de vida comunitaria, en particular las más recientes, descubrimos una identidad evangélica común que podríamos sintetizar por el crisocentrismo. En efecto, toda la vida comunitaria cristiana pretende realizar la vida de Cristo, aún si se privilegia tal o cual aspecto.

Tanto en la Tradición de la Vida Religiosa como en los nuevos estilos de vida comunitaria, descubrimos el privilegio de la imagen de Belén a través de opción por la fragilidad bajo todas sus formas. Entre nosotros, latinoamericanos, el misterio de Belén se experimenta especialmente desde la opción por los pobres y su cercanía.

El misterio de Nazaret recobra nueva vigencia también a través del movimiento de migración simbólica de nuestras comunidades del centro a la periferia y la opción por la banalidad.

Se constata asimismo de manera bastante unánime un reencuentro con el misterio eucarístico en sus dimensiones más contemplativas desde la inserción en la historia del pueblo. Es lo que llamaremos en adelante la dimensión contemplativa envolvente. El Cenáculo tiene que ver así con nuestra opción por la solidaridad desde los pequeños relatos de la vida cotidiana.

En un continente de muerte como el nuestro, el dar la vida por sus amigos recobra una vigencia particular. El misterio del Gólgota se reconoce así en nuestra opción común por la caridad en el sentido teológico e histórico más fuerte.

Finalmente, siempre en relación con la muerte en nuestros países y en nuestro mundo, apostamos todos por la esperanza, lo cual nos hace, en utopía, hijos e hijas de la resurrección.

Tal es nuestra identidad evangélica común que descubrimos en la experiencia y el rostro del otro y donde, por contraste, tratamos cada uno de reconocer nuestra especificidad en el servicio del Reino. Volveremos a esta cuestión más tarde.

4.2.2. La inspiración profética.

Es bastante común en la jerga de la Vida Religiosa hablar de nuestra identidad profética. En otra oportunidad hemos señalado ya cómo este discurso pretendidamente profético peca a menudo de ligereza(8). La confrontación con los nuevos estilos de vida comunitaria nos permite cuestionar y replantear este *a priori*. El punto de partido de este replanteamiento del profetismo comunitario está en el discurso inaugural de Jesús en la sinagoga de Nazaret en Lucas 4. Todos nos sentimos urgidos por la urgencia del Reino en el hoy de la historia. Nuestro profetismo compartido es, de alguna manera, una apuesta por el hoy, un acto de fe activo y comprometido en la capacidad de cambio radical de nuestra historia haciendo de nuestra presencia en ella un signo patente aunque débil de este hoy del Reino.

Pero esta identidad o vocación de hacer presente el Reino en el hoy, la comprendemos dentro de la espiritualidad profética del pequeño resto. Lo nuestro es la minoría de los pequeños, la espiritualidad del fermento escondido en la masa. Volveremos también más adelante a esta identidad de minoría simbólica, especialmente en el caso propio de la Vida Religiosa.

Finalmente, nuestra confrontación plural revela una raíz común en el misterio profético de Pentecostés. En efecto, muchas de nuestras experiencias, implícita o explícitamente, se refieren a un acontecimiento de conversión personal, de vuelco interior que va descubriendo en su propia vida en y en la vida de la Iglesia la reivindicación modesta de la libertad del Espíritu como elemento esencial de nuestra identidad. Este profetismo de la libertad del Espíritu explica la importancia de lo que llamamos más arriba la dimensión contemplativa envolvente de nuestras vocaciones.

Además, nuestra identidad pentecostal orienta radicalmente nuestro testimonio hacia el Kerigma como necesidad imperiosa a la manera de Pablo (9).

4.2.3. Las fuentes carismáticas.

Del diálogo con el otro surge una visión nueva, refrescante, de nuestros fundamentos carismáticos. Reconocemos gozosos la diversidad pero también la complementariedad de dichas fuentes inspiradoras. Por una parte, todos seguimos refiriendonos claramente a las grandes intuiciones de la tradición de la Iglesia. Benito, Francisco y Domingo, Ignacio de Loyola, Don Bosco o Carlos de Foucauld son siempre nuevos y capaces de inspirar novedades. Es más: el modo refrescante como las nuevas comunidades van saboreando nuestras tradiciones respectivas permite a las comunidades religiosas más antiguas redescubrir como nuevos sus dones demasiado conocidos y aparentemente integrados en la banalidad cotidiana de las instituciones.

Pero la confrontación nos remite también a tradiciones no cristianas como Gandhi y diversas corrientes orientales o salidas de la sabiduría indígena y africana de nuestro continente. Estas ventanas abiertas hacia fuera son también ocasión de creatividad nueva y de descubrir nuevas armonías de nuestra vivencia carismática.

Por otra parte, a pesar de la crisis y de la confusión teológica que marcan la coyuntura eclesial contemporánea, el Concilio Vaticano II y su relectura latinoamericana en Medellín, Puebla y Santo Domingo constituyen los pilares modernos específicos y los poderosos guías de nuestras opciones de manera bien unánime.

En la dinámica conciliar y particularmente desde su apertura a la iniciativa del laicado, dos corrientes paralelas han marcado la espiritualidad de nuestras comunidades desde hace treinta años. Se trata, por una parte, de la Renovación Carismática y, por otra parte, de la Teología de la Liberación. Si bien es cierto que estas dos corrientes suelen oponerse en la mente de la gente, sin embargo manifiestan reivindicaciones y aspiraciones comunes bajo formas diversas.

Expresan, primero, el surgimiento del protagonismo laical comunitario en la Iglesia y, en segundo lugar, la atención a lo irracional, lo popular, lo afectivo. A pesar de desbordes y de polarizaciones preocupantes en ambos casos, no se puede negar que estas dos fuentes han marcado profundamente el movimiento comunitario cristiano moderno en América Latina. Los criterios de discernimiento espiritual de estas manifestaciones pasan, en lo que toca el movimiento carismático, por la prueba de la opción preferencial por los pobres, mientras que la validez de la corriente liberacionista supone, más allá del solo compromiso social, una clara experiencia contemplativa.

Falta todavía señalar dos líneas importantísimas de inspiración carismática del movimiento comunitario en el cual nos insertamos. Quiero hablar de la inculturación, esta búsqueda de integrar en nuestras vivencias la interpelación de las diversas culturas que conforman el abanico de nuestro continente en modernidad, y la reflexión en clave de género. En el caso de la vida comunitaria célibe, este último cuestionamiento radical, que brota desde el laicado y muy especialmente desde el movimiento femenino y feminista, nos hace tomar conciencia de la necesidad de comprender nuestra identidad y especificidad a partir del protagonismo interactivo del hombre y de la mujer.

4.3. Relectura teológica.

De toda la exploración anterior quisieramos aquí sacar líneas directrices que nos puedan servir de hitos en los caminos de refundación.

4.3.1. Hacer Tradición.

Al contemplar el dinamismo carismático, profético y evangélico del movimiento comunitario actual, incluyendo la Vida Religiosa, constatamos no sólo una fidelidad pasiva sino activa a la Tradición. Recogemos experiencias del pasado pero acogemos las

experiencias de hoy y creamos dinámicamente, con la ayuda del Espíritu, nuevos caminos. Es lo que llamamos el hacer Tradición en libertad y fidelidad.

Latinoamérica vive en carne propia las viejas experiencias cruzadas del Exilio y del Exodo. Esta experiencia encarnada e inculturada hace de nosotros un pueblo en camino hacia su liberación y que regularmente vuelve a estancarse en sus esclavitudes babilónicas, como es el caso del neoliberalismo actual. En esta situación de Exilio, la utopía del Exodo alimenta nuestra esperanza y nos purifica de nuestras esclavitudes.

Por otra parte, nuestras comunidades están experimentando un retorno a una eclesialidad apostólica (como en los Hechos) más plural, con tronco y raíz laical, menos centrada en las estructuras clericales y jerárquicas.

Dentro de dicha pluralidad estamos reanudando con nuestra vocación universal con la intuición de la catolicidad, liberadora de la estrecheces históricas de nuestro catolicismo. La Iglesia es católica cuando es plural, ecuménica, abierta a la diferencia. Nuestras comunidades son como talleres de esta nueva catolicidad.

Aquí se integran las fuentes carismáticas externas, la inculturación, el género y hasta corrientes como el ecocumenismo que busca una reconciliación del cosmos entero.

Otro terreno donde estamos llamados a hacer Tradición es la misión. Estamos todos empujados por un renovado afán misionero ya no proselitista sino de promoción de una sociedad más conforme al evangelio en el respeto a la pluralidad. Sin descuidar el anuncio explícito de Jesús, entendemos cada vez más nuestra misión en el respeto de las diferencias y en la colaboración en toda tarea que humanice, cree paz y justicia, cualquier sea el "areópago" donde se realice.

Finalmente, en un ferviente deseo de conversión y coherencia evangélica, buscamos para tal efecto modalidades y estilos de vida nuevos que nos permitan sentirnos más en acuerdo con dicho deseo.

4.3.2. La prueba de la historia.

En la confrontación que hicimos en el punto anterior, es importante discernir lo que realmente es de Dios y lo que no. La reflexión de Gamaliel ante el Sanhedrín en los Hechos de los Apóstoles vale para nosotros también. Es importante evaluar los frutos de la diversas experiencias que vamos haciendo desde el Concilio y preguntarnos en qué pasan la prueba de la historia, del tiempo o no. Pues desde esos años gloriosos muchas experiencias han empezado y muchas han desaparecido en camino. Los que quedamos después de diez, veinte o treinta años, habiendo atravesado vientos y tempestades, tenemos que sentarnos como el constructor de la torre del evangelio para preguntarnos lo que si valió la pena y lo que fue error o pérdida de tiempo en la aventura. ¿Qué es lo que se mantiene como identidad, especificidad y convicción profunda y qué es lo que no fue más que moda pasajera, aun si en el momento nos parecía haber descubierto el paraíso perdido? Este ejercicio requiere sabiduría, humildad y libertad interior.

Uno de los elementos de esos lejanos años que no ha perdido nada de su vigencia es la encarnación de nuestra espiritualidad en lo cotidiano de los pobres, el intento de serles fieles a través de los múltiples cambios de la sociedad de nuestros países.

En definitiva, la prueba de Gamaliel para nuestras comunidades es la experiencia pascual: muchas muertes de las cuales surge mucha vida. En este itinerario, en efecto, los fracasos han sido tan importantes y a veces más importantes que los aciertos para afianzar el sentido profundo de nuestra fidelidad vocacional.

Finalmente, el drama y la belleza de nuestra experiencia con sus diversas formas contempladas en el gran movimiento comunitario del postconcilio ha sido nuestra doble vocación a la comunión, tanto al interior de la Iglesia como en el corazón del pueblo, y la fatal conflictividad que no puede dejar de suscitar toda opción clara y radical por el evangelio. Los que han podido atravesar la persecución política y eclesial sin caer en la tentación del odio y de la polarización; los que han puesto la reconciliación, la comunión y el amor a la Iglesia por

encima de la conflictividad y de las divergencias éstos llegan poco a poco a la serenidad de las tierras de Dios.

4.4. Perspectivas de refundación.

Después de esta larga reflexión polifónica donde hemos intentado comprendernos como Vida Religiosa al interior del contexto más amplio del movimiento comunitario contemporáneo, volvamos ahora a la problemática específica de la refundación de la Vida Religiosa como tal.

4.4.1. Reencontrarse consigo mismo.

La peregrinación por el país del otro, concretamente los nuevos estilos de vida comunitaria, el laicado, la cuestión del género etc. nos han permitido reencontrarnos con nuestra verdadera identidad desempolvada. Contemplarnos a nosotros mismos en la juventud y el sabor fresco de los nuevos nos lleva a saborear lo olvidado, lo hundido en lo más oscuro del tiempo bajo toneladas de máscaras y falsas identidades sociológicas y hasta, a veces, puramente folklóricas.

De este reencuentro gozoso quiero privilegiar aquí cuatro rasgos de los cuales tendrá que brotar la nueva conciencia de nuestra especificidad. Quiero hablar primero del crístocentrismo como un llamado urgente a centrarnos en lo nuestro y a dejar todo lo que nos aleja de dicho centro. Nuestra identidad es Cristo como alfa y ómega de todo lo nuestro, pues, sólo desde, en y hacia Cristo tiene sentido la refundación de la Vida Religiosa.

El segundo aspecto es lo que llamamos antes el carácter contemplativo envolvente de la Vida Religiosa. En efecto, después de varios siglos en los que los religiosos y las religiosas hemos acumulado identidades contradictorias y múltiples de poder, de sustitución social o clerical etc., es tiempo de volver a lo nuestro. Todo religioso y toda religiosa, aún los apostólicos, son primero y ante todo hombres y mujeres de Dios, contemplativos. La sociedad moderna que nos retiró una tras otra muchas de nuestras identidades ficticias, en particular en lo social, nos devuelve violentamente a lo esencial. O somos contemplativos o lo que hacemos pierde su significación específicamente evangélica. Somos en todo lo que hacemos signos del absoluto de Dios, de un Reino de gracia que germina en la historia humana.

Si bien nuestra identidad es crístocéntrica y contemplativa, nuestra especificidad se traduce en las formas y los estilos propios que va a tomar esta identidad. Es aquí donde quiero rescatar un tercer aspecto importante para la refundación: la vocación de minoría de nuestra Vida Religiosa. En efecto lo nuestro es un llamado simbólico que quiere significar la pura gracia de Dios. Otros manifestarán la llegada del Reino desde escenarios de poder o de competencia bajo diversas formas. Nosotros somos testigos privilegiados de la debilidad de Dios, más fuerte que los hombres, como dice san Pablo en la primera a los Corintios. Los votos, como lo veremos en el punto ulterior, dan testimonio de esta opción por la debilidad y todo lo que desmiente esta opción en nuestras tareas y estilos es una traición de nuestra especificidad como Vida Religiosa en el seno de la Iglesia y de la sociedad.

Finalmente, nuestra especificidad se juega también en nuestra vocación de frontera.. La Vida Religiosa no está hecha para el centro de la Iglesia o de cualquier sistema social sino para ir, en permanente itinerancia, hacia los más alejados, física y, sobre todo simbólicamente, de todos los centros de poder.

4.4.2. El sentido de los votos.

Aun si nos parece a veces que, en perspectiva de refundación, habría que repensar incluso las terminologías, pensamos que, en su esencia, los votos pretenden refundar radicalmente todas las relaciones humanas. En tal sentido, refundar los votos sería nada

más que devolverlos a su significación real: una comunidad humana construida sobre nuevas bases antropológicas y espirituales.

Se trata por lo tanto de replantear la cuestión de los votos como un intento de ser plenamente humanos a la manera de Jesús. Simbólicamente anuncian el “todavía no” del Reino que es precisamente la humanidad plenamente reconciliada con Dios. Para tal efecto hay que replanteárselos como una opción libre por nuevas relaciones de género en la igualdad, el respeto y la verdadera reciprocidad (castidad) ; una nueva gestión de los bienes de la creación (pobreza); una nueva comprensión de las relaciones de poder (obediencia) más en conformidad con el deseo de Dios manifestado en la práctica de Jesucristo. De esta manera, los votos, o llámense como quiera, son por definición el aporte específico de esta minoría contemplativa de la Vida Religiosa a lo que llamamos la refundación de la humanidad y del mundo.

4.5. Conclusión: tareas urgentes para enfrentar.

Al concluir esta propuesta de caminos de refundación queremos esbozar sin más tres tareas prioritarias para entrar en el proceso. Se trata precisamente de tres dimensiones de nuestra vida donde sentimos con más crueldad la confusión y la crisis que nos atraviesa.

4.5.1. Volver a aprender a ser minoría.

Especialmente en nuestro continente, sociológicamente católico, es de suma urgencia trabajar previamente a cualquier cambio estructural de nuestras instituciones la cuestión de la minoría. No se trata de plantearla como si fuéramos una casta especial de perfectos más heroicos y ascéticos que los demás, lo cual, además, se puede cuestionar a la luz de la santidad de nuestro pueblo pobre. Se trata más bien de repensar toda nuestra vida desde la debilidad de Dios. Hay que volver a optar por la debilidad como signo fuerte de la pura gratuidad e incondicionalidad del amor divino. Este reencontrarnos con nuestra vocación de minoría implica mucha valentía para abandonar todo lo que contradice.

4.5.2. Cambiar la imagen sociológica de la Vida Religiosa.

En la misma línea de recuperar nuestra identidad simbólica de minoría, es urgente denunciar y destruir eficazmente nuestra imagen sociológica particularmente en nuestro continente. Se trata de pasar de la imagen de seguridad a la imagen de la inseguridad, de una Vida Religiosa percibida como separada, a una Vida Religiosa integrada y signo de comunión; de denunciar nuestra fama elitista para dar testimonio de la kénosis del aniquilamiento de Jesucristo.

4.5.3. La cuestión de la formación.

En función de lo anterior y para hacer posible la refundación, tenemos que replantearnos seriamente la formación. Aquí proponemos una distinción entre dos fases en la formación. La primera sería una formación previa que consista en un aprendizaje de la libertad, un camino de humanización para hombres y mujeres destrozado/as en su humanidad por la sociedad global.

La segunda etapa, más específicamente orientada hacia la Vida Religiosa, consistiría en una iniciación específica a lo nuestro en las categorías que hemos expuesto más arriba. Pero esta doble formación implica que ya no imaginemos el ingreso a nuestras familias respectivas como una vía de un solo carril y con una sola estación final. En la perspectiva plural y polifónica que defendemos desde el comienzo de estas páginas, ¿no sería tiempo de pensar una iniciación de varias entradas a la espiritualidad nuestra donde se pueda pasar de una opción de laico a otra de consagrado, viviendo sin embargo una comun experiencia compartida de familia? Muchas congregaciones, hoy en día, exploran estas vías armónicas y

complementarias. El desafío en dicha búsqueda es la conformación de una verdadera familia de iguales solidarios en la diversidad de sus especificidades con una misma identidad. No habría que caer en la trampa de religiosos o religiosas de segunda categoría, o de terceras ordenes "mendigos de las migajas" de la congregación. Se trata de crear un verdadero pueblo de Dios con rasgos carismáticos, dignidad y tareas comunes al interior de formas de compromiso diverso.

Como lo señalamos antes, estas páginas no tienen otro objetivo que incitar a una reflexión sobre nuestra refundación más allá de nuestras estrechas y agobiantes fronteras congregacionales, clericales y eclesiales. El debate queda abierto....

NOTAS:

- 1) Cfr. El libro reciente del teólogo norteamericano Arbuckle sobre el tema.
- (2) Cfr. Los discursos de Juan Pablo II durante su visita pastoral a Egipto en particular ante el Papa de los Coptos.
- (3) Cfr. Los recientes procesos electorales más o menos fraudulentos de Perú y Venezuela confirman esta afirmación de manera dramática.
- (4) Cfr. Ver mi libro: *Nínive, retos de la modernidad*, CEP, Lima 1998. Especialmente la primera parte.
- (5) Ver en particular el debate constante del importante mensual francés *Le Monde Diplomatique*.
- (6) Ver la última parte de nuestro libro *Nínive, Retos de la Modernidad*.
- (7) Ver las intervenciones recientes de Francis Fukuyama, comentando en *The National Interest* los últimos desarrollos de su intuición en "El fin de la Historia". Ver además la polémica de Peter Sloterdijk con Jürgen Habermas y el sugestivo título de la conferencia en debate: "El parque humano". Leer también en *Le Monde Diplomatique* de febrero 2000 el artículo de Patrick Viveret: "El duro oficio de vivir".
- (8) Ver la última parte de nuestro libro *Refundación. Contribución a una teología de la Vida Religiosa, de cara al tercer milenio*, CLAR, Santa Fe de Bogotá 1999.
- (9) "¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!"